

WILKIE COLLINS

El hotel encantado

Traducción de Miguel Ángel Herranz



**Editorial
Belvedere**

Título original: *The Haunted Hotel*

Primera edición: mayo 2018

© de la traducción: Miguel Ángel Herranz

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L. U.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

info@editorialbelvedere.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-937947-9-8

Depósito Legal: M-6249-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

EL HOTEL ENCANTADO

Editorial Belvedere

PRIMERA PARTE

Editorial Belvedere

I

En 1860 la reputación del doctor Wybrow como médico londinense alcanzaba su punto álgido. Se decía de buena tinta que recibía los mayores ingresos obtenidos por la práctica de la medicina de la era moderna.

Una tarde, hacia la conclusión de la temporada londinense, el doctor acababa de finalizar su almuerzo tras una mañana de trabajo particularmente dura en su consultorio cuando, con una formidable lista de visitas a pacientes en su propio domicilio para el resto del día, el criado anunció que una mujer deseaba hablar con él.

—¿De quién se trata? —preguntó el doctor—. ¿Es una desconocida?

—Sí, señor.

—No atiendo a desconocidos fuera de las horas de consulta. Dígale cuáles son estas, y despáchela.

—Ya se lo he dicho, señor.

—Y ¿bien?

—No se piensa marchar.

—¿Ah, no? —El doctor sonreía mientras repetía las palabras. A su manera, tenía un agudo sentido del humor; y en esta situación había un lado absurdo que más bien le divertía—. ¿Ha dicho esa obstinada señora cómo se llama? —preguntó.

—No, señor. No quiso dejar ningún nombre... dijo que no le entretendría más de cinco minutos y que el asunto era demasiado importante como para esperar a mañana. Está en la sala de espera, y no sé cómo volver a sacarla de allí.

El doctor Wybrow pensó un momento. El conocimiento que tenía de las mujeres (profesionalmente hablando) residía en su avezada experiencia de más de treinta años; las había conocido de todas clases... sobre todo de las que desconocen el valor del tiempo y no dudan en buscar refugio en los privilegios de su sexo. Un vistazo a su reloj le informó de que pronto debía comenzar sus rondas entre los pacientes que le estaban esperando en sus casas. Decidió tomar la única opción sensata que tenía en esas circunstancias. En otras palabras, decidió darse a la fuga.

—¿Está el carruaje en la puerta? —preguntó.

—Sí, señor.

—Muy bien. Ábrame la puerta de casa sin hacer ruido y deje que la señora se quede en el consultorio sin ser molestada. Ya sabe qué decirle cuando se canse de esperar. Si pregunta cuándo tengo previsto regresar, diga que ceno en el club y que esta noche voy al teatro. Ahora, Thomas, ¡no haga ruido! Si le crujen los zapatos, estoy perdido.

Iba por delante silenciosamente hacia el vestíbulo, seguido por el criado, que iba de puntillas.

¿Sospechó de él la mujer del consultorio? ¿O fue el crujir de los zapatos de Thomas y su excepcionalmente agudo sentido auditivo lo que le delató? Sea cual fuese la explicación, lo que realmente sucedió estaba fuera de toda duda. En cuanto el doctor pasó junto a la sala de la consulta, se abrió la puerta, la mujer apareció en el umbral, y puso su mano sobre el brazo del doctor.

—Se lo ruego, señor, no se vaya sin que antes hable con usted.

El acento era extranjero; el tono, bajo y firme. Sus dedos presionaban de un modo delicado, y, sin embargo, con determinación, el brazo del doctor.

Ni su lenguaje ni sus gestos provocaron el más mínimo efecto para que el doctor se inclinase a acceder a su ruego. El influjo que le detuvo en el acto de camino a su carruaje fue el influjo silencioso de su rostro. El llamativo contraste entre la palidez cadavérica de su tez y la sobrecogedora vitalidad y luminosidad de sus enormes ojos negros, de resplandecientes brillos metálicos, le dejaron literalmente fascinado. Vestía con colores oscuros, con un gusto exquisito; era de estatura media, y (aparentemente) de mediana edad... digamos que uno o dos años por encima de los treinta. Los rasgos faciales inferiores —la nariz, la boca y la barbilla— poseían la finura y la delicadeza de forma que se observan más asiduamente entre las mujeres extranjeras que entre las inglesas de cuna. Indudablemente era hermosa, con la grave desventaja de su pálida tez y con el defecto menos notorio de una carencia total de amabilidad en la expresión de su mirada. Al margen de su primera reacción de sorpresa, el sentimiento que ella produjo en el doctor se puede describir como un sentimiento abrumador de curiosidad profesional. El caso podría resultar ser algo totalmente novedoso dentro de su experiencia médica. «Parece ser así —pensó—; y vale la pena esperar.»

Ella se percató de que le había causado algún tipo de profunda impresión, por lo que dejó de cogerle del brazo.

—Usted ha dado consuelo a muchas mujeres atormentadas a lo largo de su vida —dijo ella—. Dé consuelo hoy a una más.

Sin esperar a que el doctor le respondiera, abrió el camino hacia la sala de la consulta.

El doctor la siguió y cerró la puerta. Le ofreció asiento en el sillón del paciente, frente a las ventanas. Incluso en aquella tarde de verano, el sol de Londres era deslumbrantemente radiante.

Su luz caía con suavidad sobre la ciudad. Los ojos de la mujer se enfrentaron a los de él impávidamente, con la acerada fijeza de los de un águila. La delicada palidez de su tersa piel tenía un aspecto mucho más pálido que antes. Por primera vez, desde hacía muchos años, el doctor sintió cómo se le aceleraba el pulso ante un paciente.

Por extraño que parezca, después de acaparar su atención pareció como si ella no tuviese nada que decirle. Daba la impresión de que una curiosa apatía se había apoderado de esta decidida mujer. Viéndose obligado a romper el hielo, el doctor simplemente preguntó, con una frase convencional, qué podía hacer por ella.

El sonido de su voz pareció sacarla del ensimismamiento. Mirando todavía de forma directa a la luz, dijo de un modo abrupto:

—Tengo una dolorosa pregunta que hacerle.

—¿De qué se trata?

Sus ojos se desplazaron lentamente desde la ventana hasta la cara del doctor. Sin el más mínimo signo externo de agitación, formuló la «dolorosa pregunta» en estos insólitos términos:

—¿Me quiere decir, se lo ruego, si corro el peligro de volverme loca?

A algunas personas aquello les podría haber parecido divertido, y a otras les podría haber alarmado. El doctor Wybrow no era consciente más que de una sensación de decepción. ¿Era este el extraño caso que él había anticipado, juzgando imprudentemente por las apariencias? ¿Era la nueva paciente una mujer hipocondríaca, cuyo padecimiento consistía en una dolencia estomacal y cuyo infortunio era una mente endeble?

—¿Por qué acude a mí? —preguntó él rápidamente—. ¿Por qué no va a un médico especializado en el tratamiento de la demencia?

Ella tuvo la respuesta lista al momento.

—No voy a un doctor de ese tipo —dijo— por el simple hecho de ser un especialista: tienen la mala costumbre de juzgar a todo el mundo por las reglas y las normas que ellos mismos establecen. Acudo a usted porque mi caso se aparta de todas las reglas y normas, y porque, en su profesión, usted es famoso por descubrir los misterios de las enfermedades. ¿Satisfecho?

Estaba más que satisfecho; a fin de cuentas, su primera impresión fue la correcta. Además, la habían informado adecuadamente en cuanto a su posición profesional. La habilidad que le había encumbrado a la fama y la fortuna era la capacidad (sin parangón entre sus colegas) que tenía para descubrir enfermedades difíciles de diagnosticar.

—Quedo a su disposición —respondió él—. Permítame que intente averiguar qué es lo que le sucede.

Le formuló las preguntas médicas pertinentes, preguntas que fueron respondidas con prontitud y franqueza; y estas no llevaron a ninguna otra conclusión que la de que la extraña mujer gozaba de una salud magnífica, tanto mental como física. No satisfecho con las preguntas, examinó cuidadosamente sus principales órganos vitales. Ni su mano ni su estetoscopio pudieron descubrir nada anómalo. La sometió a una prueba tras otra con la admirable paciencia y devoción a su arte que le había caracterizado desde su época de estudiante. El resultado fue siempre el mismo. No solo no había ninguna tendencia a una enfermedad cerebral, sino que ni siquiera había ningún trastorno perceptible del sistema nervioso.

—No le encuentro nada —dijo—. Ni siquiera encuentro explicación a la extraordinaria palidez de su piel. Me desconcierta totalmente.

—La palidez de mi piel no tiene ninguna importancia —replicó ella con cierta impaciencia—. Cuando era niña me libré por poco de morir envenenada. Desde entonces he tenido este aspecto... y mi piel es tan delicada que no me puedo maquillar

sin que me salgan unos sarpullidos horrosos. Pero esto no tiene la más mínima importancia. Quería que me diera una opinión concluyente. Confié en usted, y me ha decepcionado. —Inclinó la cabeza sobre su pecho—. ¡Y pensar que es así como acaba! —se dijo amargamente.

La compasión del doctor se vio afectada. Tal vez sería más correcto decir que su orgullo profesional había sido herido.

—Aún puede acabar bien —remarcó él—, si usted decide ayudarme.

La mujer levantó la mirada con ojos centelleantes.

—Hable claro —dijo ella—. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Francamente, señora, se presenta ante mí como un enigma y pretende que emita un diagnóstico acertado solo con la ayuda de mi ciencia. Esta puede hacer mucho, pero no lo puede hacer todo. Por ejemplo, debe haber ocurrido algo... algo que guarde relación con el estado de su salud corporal, algo que la haya asustado, o de lo contrario nunca habría venido aquí para consultarme. ¿Me equivoco?

Ella entrelazó las manos en su regazo.

—¡Cierto! —dijo con vehemencia—. Empiezo a confiar en usted de nuevo.

—Está bien, pero no espere que averigüe la causa moral que la ha alarmado. Puedo darme cuenta con toda seguridad de que no existe ningún motivo físico, y, a menos que deposite su confianza en mí, no puedo hacer más.

Ella se levantó y dio una vuelta por la sala.

—Suponga que se lo cuento —dijo—. Pero, se lo advierto, ¡no daré ningún nombre!

—No hay ninguna necesidad de hacerlo. Lo único que me interesa son los hechos.

—Los hechos no son gran cosa —replicó—. Solo tengo impresiones que confesar... y es muy probable que usted me

considere una loca fantasiosa cuando las oiga. No importa. Haré todo lo que esté en mis manos para contentarle... Empezaré por los hechos que usted demanda. Pero créame, no le serán de gran ayuda.

Se volvió a sentar. Con lo términos más llanos posibles, empezó la más extraña y tormentosa confesión que jamás hubiera llegado a los oídos del doctor.

Editorial Belvedere